

¿PLAGIÓ JOSÉ ARÉVALO BACA EL LIBRO “AVES DE ESPAÑA” (1887) DE UN MANUSCRITO ORNITOLÓGICO DE RAFAEL CISTERNAS?



Abilio Reig-Ferrer
Universidad de Alicante
areig@ua.es

Una sospecha de usurpación y plagio se cierne sobre el libro de José Arévalo Baca *Aves de España* (1887). Una carta en 1893 de Mariano de la Paz Graells a Víctor López Seoane es un documento probatorio de que Arévalo Baca robó a la viuda de Cisternas un manuscrito y lo utilizó apropiándose para la redacción del considerado primer libro español de ornitología ibérica. Además de mostrar aquí esta prueba, se presentan otros indicios y evidencias que hemos podido reunir para fundamentar la sospecha de que Arévalo Baca cometió un fraude científico.

LA CIENCIA, COMO ACTIVIDAD HUMANA, NO ESTÁ EXENTA DE IMPOSTURA Y FRAUDE

Que el comportamiento fraudulento está extendido en el ámbito de la investigación y de la publicación es un fenómeno ampliamente admitido. Hacer trampas es una actividad humana omnipresente y antigua. Por lo general, se reconocen tres formas de fraude en ciencia: la *invención* (fingimiento de datos, lugares, currículum, o publicaciones), la *falsificación* (amaño y manipulación de los datos obtenidos, seleccionando los favorables y eliminando los que parecen contrarios a las conclusiones o al interés de la institución que financia; coautoría regalada, etc.) y el *plagio* (la apropiación indebida de la propiedad intelectual, el hurto de ideas, métodos o resultados de otro, y/o su publicación bajo el nombre de uno mismo).

Los científicos, así como otros tipos de intelectuales (artistas, escritores, etc.), suelen compaginar dos tipos de motivaciones a la hora de crear y publicar obra. Por una parte, la *motivación intelectual* (la curiosidad por comprender y explicar lo observado, el deseo de adquirir y difundir nueva información, conseguir prioridad, etc.); por otra, *motivos personales* (anhelo de aprobación o encomio, deseo de fama, gloria, de dinero, de poder, de hacer progresar una ideología o causa determinada, patriotismo, de conseguir el respeto y aprecio de los pares, etc.). En armonía y cohesión, ambos tipos de motivaciones son beneficiosas tanto personal como socialmente. Pero cuando se subordinan los fines intelectuales a los puramente personales, se abona el caldo de cultivo

para la negligencia y el fraude. Por supuesto, hay que diferenciar aquellos patrones de comportamiento irritante, malévolo o descuidado, característicos de personas acaparadoras, oportunistas, ambiciosas, egoístas, soberbias, beligerantes o arrogantes, de la mala conducta científica o del fraude investigador. A veces, los errores (y los “horrores”) pueden ser honestos, *bona fide*, (existencia de datos contradictorios, o de diferencias de juicio e interpretación), o producto de conducta negligente; otras veces, son deliberados y malintencionados, con factor de premeditación de por medio. En cualquier caso, aquellos investigadores o intelectuales con acusada inestabilidad emocional, un narcisismo desmadrado, o con una personalidad obsesivo-compulsiva notoria, pueden producir una excelente obra de investigación sin caer en el fraude científico.

La ambición científica adopta tantas formas insólitas como variados son los patrones de construcción del fraude y su desenmascaramiento. Una de las patologías de fraude más interesantes se ha conocido históricamente con el nombre de *eros-tratismo* (la manía, según el diccionario de la Real Academia Española, que lleva a cometer actos delictivos para conseguir renombre). Un caso célebre de erotratismo en el campo ornitológico ha sido el del británico Richard Meinertzhagen (1878-1967). Otros intelectuales, como Miguel de Unamuno, han intentado suavizar las connotaciones psicopáticas de este concepto, y lo entienden simplemente como un acendrado afán de notoriedad, de glorificación de la obra y del nombre del autor, un ansia de inmortalidad sin implicación

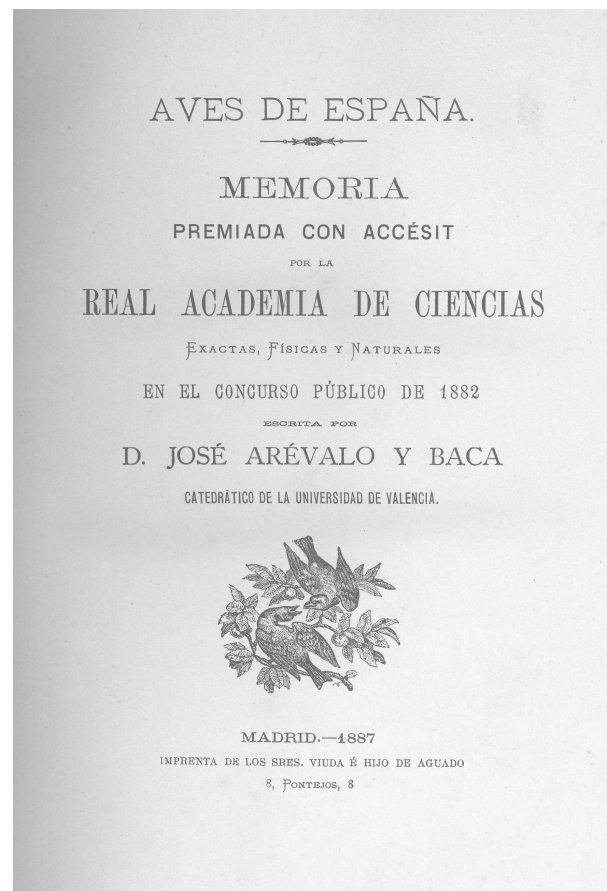
delictiva. Se persigue -dice Unamuno- la fama, la vanagloria, porque no se resigna uno a la muerte, y esa ansia de gloria y de renombre se transforma para el intelectual en una necesidad y consuelo existencial. Un disfraz actual de erostratismo se da en la conocida como “publicación patológica” (*pathological publishing*), un problema de falsificación e invención de datos y cada vez más prevalente en científicos dominados por la manía de la “impactitis” y la cultura del pensamiento de factor de impacto.

Hace más de una década abordé uno de estos comportamientos deshonestos y fraudulentos en la figura y obra del naturalista gallego Víctor López Seoane (1832-1900) (Reig-Ferrer, 2001a), precisamente la persona que destapó, como veremos, el plagio de Arévalo. Desenmascarar al impostor no resulta una labor grata, pero esa misma curiosidad intelectual y de aprecio a la verdad, nos conmina a intentar quitar en lo posible la careta del impostor. ¿Cometió un fraude científico Arévalo Baca apropiándose de una obra manuscrita anterior de Rafael Cisternas?

UNA PRUEBA DEL PLAGIO DE ARÉVALO BACA: CARTA (19 DE DICIEMBRE DE 1893) DE MARIANO DE LA PAZ GRAELLS A VÍCTOR LÓPEZ SEOANE

En el año 1887 se publicaba la monografía *Aves de España* de José Arévalo Baca (1844-1890)). Como manuscrito inicial se había presentado, cinco años antes, al concurso público de 1882 que proponía la Real Academia de Ciencias de Madrid. Este organismo consideró no otorgarle el premio, pero sí concederle un accésit, lo que conllevaba su publicación, a pesar de que dos de los integrantes de la comisión evaluadora presentaron serias dudas acerca de su originalidad. Al retrasarse unos años su publicación (sin que haya podido averiguar hasta la fecha los motivos de esa demora), Arévalo pudo modificar y ampliar, con el beneplácito de la Academia, el contenido final de su manuscrito inicial. Por ello, pudo incorporar información adicional variopinta a lo largo de cuatro años más, desde datos de la obra de Vayreda de 1883 (*Fauna ornitológica de la provincia de Gerona*), hasta otros aportados por el ayudante y preparador del museo de la Universidad de Valencia, José M^a Benedito Mendoza (1846-1899), de la excursión a las islas Columbretes (Castellón) que, en compañía de Francisco Brú García (1853-1921), tuvo lugar entre el 15 de abril y el 2 de mayo de 1886. Inexplicablemente, Arévalo parece desconocer, o al menos no cita, obras fácilmente asequibles e importantes para su trabajo, como el *Catalogue des oiseaux du midi de l'Espagne*

(1876-1877) de Howard Saunders, o el *Catálogo de los mamíferos y aves observados en la provincia de Granada* (1885) de José Sánchez y García.



Portada de *Aves de España* (1887).
Biblioteca del autor.

No era, con todo, la primera publicación de alfabetización ornitológica que pretendía abordar el conjunto de especies de aves españolas (impropiamente referidas a España, puesto que las aves canarias brillaban por su ausencia). Ya en el año 1858 se publicó un excelente y original trabajo de Alfredo Brehm, su *Listado provisional de las aves de España* (Reig-Ferrer, 2001b), en el que se recogía un total de 332 especies (326, más otras 16, entre subespecies y aves de procedencia dudosa). En el año 1886, se publicaba la tesis doctoral (1885) de Ventura Reyes Prósper, *Catálogo de las aves de España, Portugal é Islas Baleares*, con un total de 408 especies (más la referencia a los dos ejemplares tipo, *Falco fuliginosus* y *Porphyrio variegatus*, que Ángel Guirao Navarro regaló, en 1858, al museo madrileño), una obra de fichero, según su biógrafo Jesús Cobo, sin trabajo de campo y con escaso estudio de colecciones. Finalmente, y en tercer lugar, la monografía de Arévalo, *Aves de España*, incorporó, según Garrido, un

total de 389 especies (328 de presencia regular y 61 accidentales) (Garrido Sánchez, 2006).

La obra de Arévalo, destacado antidarwinista y de mentalidad conservadora, se escribe y publica cuando ostenta la cátedra de historia natural de la Universidad de Valencia (1877-1890), fruto ésta de un concurso amañado ideológicamente por algunos de los más cualificados representantes del conservadurismo científico de la época (José Solano Eulate, Miguel Colmeiro y Sandalio de Pereda) (Sánchez Arteaga, 2005). Su trabajo se apoya, casi exclusivamente, en lo publicado por los demás y en el estudio de las pieles de aves existentes en la Universidad de Valencia, la mejor colección pública española y labor museística en su mayor parte de sus predecesores en el gabinete, Ignacio Vidal Cros (1815-1859), José Arigo Torralba (1823-1865) y Rafael Cisternas Fontseré (1818-1876). Además del estudio puntual de pieles naturalizadas en otras colecciones, Arévalo poseía, según él mismo afirma, una importante colección oológica. Tampoco nada hemos podido averiguar de su posible paradero, si bien, como anécdota, conocemos que el ejemplar del propio Arévalo de *Aves de España* se encuentra actualmente en una de las bibliotecas de una universidad canadiense. Quiso Arévalo, aunque sin éxito, que en su monografía figurara un complemento iconográfico de láminas de aves: “Obstáculos insuperables me han impedido que esta Memoria vaya acompañada de un atlas, que facilitara la determinación de las especies” (Arévalo Baca, 1887: vi). Casado con Rosario Martínez Moreno, tenía su domicilio particular en la capital valenciana en la calle San Miguel nº 12. Ocupó la cátedra unos trece años (1877-1890), falleciendo el 9 de enero de 1890, a los 45 años, a causa de una bronquitis relacionada con una reciente epidemia. Arévalo, por tanto, pudo disfrutar muy poco de su libro. No obstante, uno de sus méritos fue conseguir su publicación. De hecho, Arévalo no estaba obligado, como catedrático, a escribir obra alguna. Lo habitual en el catedrático universitario español, al conseguir la ansiada cátedra, era seguir aquella recomendación que el decano de la Facultad de Ciencias de Barcelona, un viejo catedrático de matemáticas, le dio a Odón de Buen (1863-1945) al tomar posesión de su plaza en el verano de 1889 y que éste cuenta en sus *Memorias*: “Entra Ud., compañero, en el escalafón muy joven y como tendrá Ud. la aspiración natural de llegar al primer número en el escalafón, ahora a desempeñar puntual y correctamente la cátedra y a tomarse las menores molestias posibles para vivir mucho”.

No pretendo aquí abordar minuciosamente las luces y sombras del libro de Arévalo. Deseo, no obstante, comentar que cuando uno de sus lectores, Víctor López Seoane, decide comprarlo y leerlo en el año 1893, se encuentra que, en algunos lugares de la obra, se duda de, o se pone en entredicho, algunas de sus observaciones. Como muestra, y al tratar en una nota sobre la Alondra de Dupont, se dice: “y el Sr. López Seoane dice que es sedentaria, aunque poco común, en las cercanías de Granada, principalmente en invierno. Yo no tengo ninguna otra noticia, y dudo mucho de la exactitud de las del Sr. López Seoane” (Arévalo Baca, 1887: 218). Agraviado y molesto, Seoane comienza a redactar un manuscrito, quizás también en 1893, *Observaciones a las Aves de España de Arévalo*, en el que critica con virulencia la obra y tilda a su autor, entre otros calificativos, de disparatado, insolente o plagiador. Poco tiempo después, en 1894, este naturalista gallego publicaba en francés un artículo sobre dos formas nuevas de perdices españolas, en la revista *Mémoires de la Société Zoologique de France*, y decía:

Parmi les listes des Oiseaux d'Espagne publiées jusqu'à ce jour, celles qui semblent les plus sujettes à caution sont celles de Reyer [sic] Prosper, qui n'a fait que chercher çà et là, sans la moindre critique, tout ce qui est indiqué par les auteurs, et surtout le catalogue d'Arévalo [sic] y Baca, plein d'erreurs et d'inexactitudes. Ces deux “auteurs” n'ont fait qu'accaparer ce qu'ont observé leurs devanciers, et M. Arévalo [sic] a profité, dit-on, des manuscrits du savant professeur Cisternas, de Valence (López Seoane, 1894: 93).

No sólo sugiere López Seoane que la obra de Arévalo está plagada de errores e inexactitudes, sino que éste se sirvió, según “se dice”, de los manuscritos del sabio profesor Cisternas. La persona que le comunicó esa usurpación de la propiedad intelectual, en carta de fecha 19 de diciembre de 1893, fue Mariano de la Paz Graells (1809-1898), un antiguo profesor de Cisternas, a petición de López Seoane y en respuesta a una misiva anterior de 4 de diciembre. He aquí la transcripción del texto de interés.

Señor Don Víctor López Seoane:

Muy querido amigo mío; voy a contestar a su favorecida del 4 último satisfaciendo sus deseos, en lo que pueda y siguiendo el orden de sus preguntas.

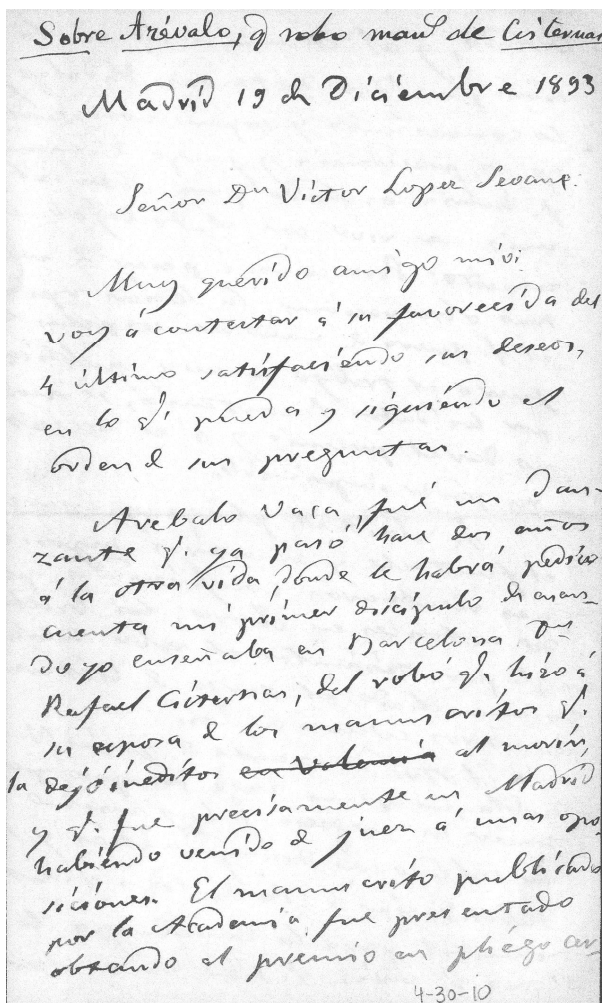
Arévalo Vaca [sic], fue un danzante que ya pasó hace dos [sic] años a la otra vida, donde le habrá pedido cuenta mi primer discí-

pulo de cuando yo enseñaba en Barcelona, Don Rafael Cisternas, del robo que hizo a su esposa de los manuscritos que la dejó inéditos al morir, y que fue precisamente en Madrid habiendo venido de juez a unas oposiciones. El manuscrito publicado por la Academia fue presentado optando al premio en pliego cerrado, y al examinarlo en su sección para dar dictamen Hidalgo y yo lo conocimos y supimos desde luego su procedencia y juego de manos que había ocurrido para optar [sic] al premio un vivo con el trabajo de un muerto. Pero como a pesar de nuestras observaciones, la Sección opinaba el que fuera de nuestras sospechas lo que fuera el trabajo merecía publicarse por los datos que contenía, se acordó no dar el premio y sí el accésit para poder imprimirlo. Se abrió el pliego y apareció el fantoche y nuestras suposiciones resultaron confirmadas, poniendo entonces en claro, los brochazos con que para disimular el robo había sido manchado el texto de Cisternas que nosotros conocíamos [...].

Por lo tanto, y según el testimonio directo de Graells e indirecto de otro miembro de la comisión, el médico y célebre malacólogo Joaquín González-Hidalgo Rodríguez (1839-1923), es más que probable que José Arévalo Baca utilizara para su trabajo *Aves de España* un manuscrito anterior de Cisternas, obtenido de manera más o menos torticera a su viuda doña Emilia.



Retrato de Rafael Cisternas Fontseré (1818-1876). Original en el Jardín Botánico de la Universidad de Valencia.



Primera página de la carta de Graells a López Seoane. Original en el Instituto José Cornide.

El barcelonés Rafael Cisternas Fontseré (1818-1876), predecesor de Arévalo, ocupó la cátedra de zoología de la universidad valenciana unos quince años (desde 1861 hasta 1876), hasta su fallecimiento el 14 de mayo de 1876, a raíz de una afección crónica del hígado, mientras formaba parte de un tribunal de oposiciones en Madrid. Desde 1845 fue catedrático interino de Mineralogía y Zoología de la Universidad de Barcelona y, hasta llegar a Valencia, pasó por las cátedras de Oviedo, Valladolid, o Salamanca (llevando a cabo desde aquí un magnífico, aunque inédito, estudio botánico y etnográfico por los altos de Béjar, la sierra de Peña de Francia, valles de las Batuecas y de las Hurdes). Según su alumno Eduardo Bosca Casanoves (1843-1924), durante su residencia en la capital salmantina recogió datos para una *flórula* que por las dificultades de publicación quedó inédita (Bosca Casanoves, 1894: 8). A pesar de que Cisternas es más conocido como ictiólogo, habiendo publicado entre otras obras de conside-

rable mérito un *Catálogo de los peces comestibles que se crían en las costas españolas del Mediterráneo y en los ríos y lagos de la provincia de Valencia* (1867) o el *Ensayo descriptivo de los peces de agua dulce que habitan en la provincia de Valencia* (1877), también se interesó por otras ramas de la historia natural, entre ellas la botánica o la ornitología. Así, por ejemplo, al optar a la cátedra de Física experimental de la Universidad de Valladolid (1860), disertó en su primer ejercicio de oposición sobre “El neuroesqueleto de las aves”. Es de sobra conocido, además, que fue uno de los primeros darwinistas convencidos, y uno de los principales divulgadores de las ideas evolucionistas desde su cátedra en la Universidad de Valencia. Como director del museo valenciano de historia natural, Cisternas procuró conservar y ampliar su contenido con la adquisición tanto de aves ibéricas como de procedencia valenciana: “También para los gabinetes de Historia Natural resultó de sumo provecho el paso de nuestro profesor Cisternas, recibiendo razonado impulso en armonía con las nuevas tendencias de la ciencia, dando atención preferente, después de completadas en cierto modo las colecciones de carácter general, á los productos naturales que faltaban del país” (Bosca Casanoves, 1894: 11).

Arrastrado por su pasión arevalofílica, hay un autor que, a fin de ensalzar hagiográficamente la figura de Arévalo, no tiene ningún inconveniente en rebajar y denigrar la figura del naturalista más grande e importante de mitad del siglo XIX, Mariano de la Paz Graells, con el calificativo de senil:

Arévalo llevó a término una fecunda labor científica: geólogo, paleontólogo, botánico, ingeniero agrónomo, catedrático de Ciencias Naturales y adelantado ornitólogo: disciplina a la que dedicó buena parte de su corta vida. Tardó once años en ultimar su obra: *Aves de España*. Tanto esfuerzo no impidió que después de su muerte vertieran sobre él la infamia y el descrédito. López Seoane (1832-1900) belicoso e inquieto personaje “que sostuvo importantes polémicas con autores como Sáinz, Bosca, Macho, Lataste...” [FRAGA, 1992, p. 10], criticó exacerbadamente tanto a Reyes Prósper como a Arévalo. Da a conocer su correspondencia personal con un Graells ya senil, relacionada con la **supuesta usurpación de un hipotético catálogo de aves del antecesor de Arévalo en Valencia, Rafael Cisternas, destacado ictiólogo que jamás escribió sobre aves** [SEOANE, 1894, 7, p. 93] (Garrido Sánchez, 2006: 1039-1040; negrita nuestra).

Como ya se ha mencionado, Cisternas defendió en su primer ejercicio de oposición a cátedra de la Universidad de Valladolid un trabajo sobre el neuroesqueleto de las aves. Junto a ese temprano interés por el estudio de las aves, Rafael Cisternas tuvo una relación de estrecha colaboración y amistad con Thomas Littleton Powys, Lord Lilford, mucho tiempo antes que la que mantuvo posteriormente éste con Arévalo. En este sentido, Lord Lilford reconoce con gratitud la ayuda prestada por Rafael Cisternas en la primera parte de sus *Notes on the Ornithology of Spain* (1865, p. 167). Este catedrático acompañó y mostró a Lord Lilford, en su visita a este gabinete en el año 1864, la rica colección ornitológica del museo valenciano y le presentó, entre otros ejemplares de gran interés, un juvenil de quebrantahuesos recientemente abatido en los alrededores de Sagunto en el año 1862 con el que, como demostraré posteriormente, Arévalo pretendió engañar a sus lectores haciéndolo pasar como fruto de su labor. Asimismo, Lord Lilford comunicó a su colega Dresser que en este mismo museo vio, en 1864, varios ejemplares de *Otocorys bilopha* (*Eremophila bilopha*, Alondra cornuda sahariana), cazados allí: “*I was assured by Señor Cisternas were killed there, and I have not doubt as to the accuracy of the statement*” (véase, también, el quinto volumen de C. R. Bree, *Birds of Europe not observed in the British Isles*, 1876: 147), lo que prueba la competencia ornitológica que Lord Lilford atribuía a Cisternas. Lo que sí está lejos de toda duda es que Arévalo Baca no cita ni menciona en ningún lugar de *Aves de España* a Cisternas ni, por supuesto, que tomó datos de su trabajo manuscrito. Esto sí que es, además de una soberana estafa científica, una prueba de ingratitud, desagradecimiento y piratería intelectual hacia su predecesor en la cátedra.

PERO ¿EXISTIÓ EL SUPUESTO MANUSCRITO ORNITOLÓGICO DE RAFAEL CISTERNAS?

¿Hubo alguien, además de Graells e Hidalgo, que conociera la existencia de un manuscrito ornitológico de Rafael Cisternas? Afortunadamente contamos con varios documentos que nos permiten desenmascarar alguno de los embustes y trampas perpretados por el malagueño José Arévalo Baca. Cuando falleció Cisternas, su alumno predilecto, Eduardo Bosca, escribió una sentida necrológica mientras ocupaba una cátedra del instituto provincial de Xàtiva, en la que, además de ensalzar la figura y obra de su finado maestro, reconocía su preocupación y ocupación ornitológicas:

Atesoraba nuestro Museo, por el que le había precedido en tan honroso cargo [Ignacio Vidal Cros], una de las mejores colecciones de aves recolectadas en España, [Rafael Cisternas] vió en ello el primer paso para continuar la obra, difícil en nuestro país, de reunir sucesivamente, y hasta donde le fuera posible, todos los grupos de vertebrados indígenas, dando con esto un verdadero carácter a nuestros gabinetes, en los que con tan lamentable frecuencia se ven las especies comunes [...] (Boscá Casanoves, 1876: 599-600).

Pero será unos cuantos años más tarde, con motivo de una “Sesión apologética dedicada á D. Rafael Cisternas y Fontseré”, en el discurso leído en la apertura de curso de 1894 del Instituto Médico Valenciano, cuando Eduardo Boscá dejará meridianamente claro que conocía la existencia de un trabajo de años que Cisternas había escrito sobre las aves de la colección valenciana:

Respecto á la preciosa colección de aves reunida por su antecesor, procuró seguirla con especial interés, llegando á proyectar una tercera edición al catálogo publicado por el Dr. Vidal. **Desgraciadamente, el original de sus notas acumuladas durante los años, desapareció entre los manuscritos que quedaron en las dependencias del gabinete** (Boscá Casanoves, 1894: 12; la negrita es nuestra).

Parece evidente que, además de Graells e Hidalgo, otros profesores eran sabedores de la existencia de ese catálogo ornitológico de Cisternas y que, con toda probabilidad, Arévalo, después de usar y abusar de él, se encargó de hacerlo desaparecer, destruyéndolo para no dejar prueba alguna de su fechoría. Sin embargo, no deseo que esto parezca un producto más de aquello que los anglosajones han denominado “*wishful thinking*” o pensamiento desiderativo. ¿Hay más pruebas de que Arévalo hizo trampas a la hora de escribir su obra ornitológica?

ALGUNOS OTROS COMPORTAMIENTOS FRAUDULENTOS DE ARÉVALO BACA

Como he mencionado anteriormente, no me permiten espacio suficiente aquí para anotar las numerosas conductas deshonestas que se cuelan en la obra de Arévalo. Por ello, voy a detenerme, casi únicamente y muy por encima, en tres de las primeras especies que figuran en *Aves de España*: el Buitre negro, el leonado y el Quebrantahuesos. Hay que señalar que resulta de gran interés adver-

tir al lector, y hacer notar aquí, aquellas supuestas observaciones ornitológicas personales del autor, por lo que, a la hora de referirse a las “localidades”, escribe Arévalo en nota a pie de página: “A pesar de que procuraré hacer constar en cada especie los autores de donde haya tomado algunas noticias, así como **indicar con claridad mis propias observaciones**, me parece justo consignar los apellidos de ellos á continuación de las localidades” (Arévalo Baca, 1887: 50; negrita nuestra). Yo entiendo de ello que cuando figura el nombre de Arévalo en una localidad es que él ha visto u observado la especie en ese lugar, provincia, etc.

En cuanto al Buitre negro, Arévalo menciona que lo ha observado en Sierra Nevada, Guadarrama, Albufera de Valencia (“Albufera [Valencia]: Arévalo”), Cauce del Guadalhorce (Málaga), y Pirineos. Afortunadamente, podemos probar que el ejemplar de Buitre negro que “observa” Arévalo en la Albufera corresponde a un macho disecado cobrado allí por el “afamado tirador de escopeta, don Eduardo Verdaguer en 1860” (Boscá Seytre, 1916/1918: 533). Más recientemente, escribe Francisco Bernis: “La observación de Arévalo en los riscos del Guadalhorce (provincia de Málaga) no merece crédito en cuanto a autor, aunque es bien posible en cuanto a localidad” (Bernis, 1968: 51). ¿Lo vio Arévalo, o incluso estuvo alguna vez, en Sierra Nevada o en los Pirineos?

En relación al Buitre leonado, comenta el crédulo y cándido Arévalo una curiosidad impropia de un catedrático de zoología:

Según los datos que he adquirido, confirmados recientemente por mi ilustrado amigo Sr. García Márquez, vecino de la villa de Álora (Málaga), muchos individuos de esta especie trasladan su residencia todos los veranos á una laguna sulfurosa, situada á cinco kilómetros de dicha villa, en la Sierra de Aguas. ¿Será este cambio de residencia —se pregunta el autor— sólo por buscar un sitio más fresco que las cumbres de la sierra de la Juma, y las del Torcal de Antequera, ó podrá tener alguna relación con las enfermedades cutáneas que se desarrollan en estos animales por su alimentación especial? (Arévalo, 1887: 52-53).

Pasemos al Quebrantahuesos, especie que para Arévalo se alimenta de presas vivas y es perjudicial, en fuerte contraste con el conocimiento ornitológico de la época: “Corderillos y cabritos, por lo que es muy perseguida esta especie, que puede considerarse como perjudicial á los rebaños de las sierras” (p. 55). No solo desconoce su régimen

casi completamente osteófago, que ya dieran a conocer los Brehm a finales de la década de 1850, sino que parece no haber leído a un autor que inclusive cita, Joaquín María de Castellarnau y de Lleopart y su *Estudio ornitológico del Real Sitio de San Ildefonso y de sus alrededores* (1877): “Sus costumbres son análogas á las de los buitres, y, como ellos, bajan á comer la carne de los animales muertos; y, por lo tanto, se deben considerar como útiles. Las sangrientas historias que de esta especie se cuentan deben mirarse como fábulas ó relativas á las águilas” (p. 178). Pero aún hay más. En el museo valenciano todavía se encuentran las tres pieles naturalizadas de los quebrantahuesos históricos del museo. Cronológicamente, el primero de ellos corresponde a un soberbio macho adulto procedente de Sierra Nevada y ya presente allí en junio de 1856 (Reig-Ferrer, 2014). Además de este ejemplar, existe una hembra sub-adulta procedente de Requena y regalada al museo, con toda probabilidad entre 1857 y 1864, por el presbítero y naturalista José Antonio Díaz de Martínez (1795-1864) (Reig-Ferrer, 2014). En tercer lugar, se encuentra el quebrantahuesos saguntino, el único con fecha exacta, cobrado el día 12 de marzo de 1862 (Reig-Ferrer, 2014). Lord Lilford menciona únicamente este ejemplar durante su visita a este establecimiento en la primavera del año 1864. Así aparece reflejado tanto en su diario de viaje, como en su correspondencia y en algunas otras publicaciones: “*There is a very fine specimen in the University Museum of Valencia, which was killed close to that city –a very unlikely locality-, as the surrounding country is flat and richly cultivated*” (*Notes on the Ornithology of Spain*, 1865:169).

¿Qué es lo que escribe Arévalo al respecto? Estas son las localidades en las que “personalmente” se atribuye haber observado quebrantahuesos: “Pirineos: Vayreda, Arévalo.- Guadarrama: Graells, Castellarnau, Arévalo.- Sierra Nevada: López Seoane, Arévalo.- Sierra de la Juma y Tajos del Gaitán (Málaga): Arévalo.- Murviedro [Sagunto], Requena (Valencia): Arévalo.- Gibraltar: Irby.- Murcia: Guirao” (Arévalo, 1887: 55). En otras palabras, Arévalo se apropia de los dos ejemplares valencianos haciéndolos pasar como fruto de sus propias observaciones cuando, en realidad, los tres únicos ejemplares estaban allí mucho tiempo antes de que pisara tierra valenciana por primera vez en el año 1877. ¿Alguien se puede creer, por ejemplo, sus observaciones de quebrantahuesos en los Pirineos?

Además de apropiarse de citas, observaciones y trabajos de los demás, Arévalo se muestra en mul-

titud de ocasiones víctima de un espíritu mezquino y egoísta, de manera que muy pocas veces nombra o reconoce al donante de una pieza o al colaborador en su obtención. Este es el caso, por ejemplo, de su noticia acerca de la captura en la Albufera de Valencia, en el mes de junio de 1888, de la Ganga de Pallas *Syrnhaptus paradoxus* (Arévalo Baca, 1888), en la que ni menciona ni agradece la donación al gabinete de la Universidad de esta rara ave por D. Francisco de P. Berga (Boscá Casanoves, 1901: 70; Boscá Seytre, 1916/1918: 514).

Item más, al tratar del Vencejo pálido se nota en Arévalo que le cuesta apuntar que fue Irby, ya en la primera edición de su libro de 1875, el que tiene la primacía de mencionar su presencia en España y que lo encuentra en Vejer (Cádiz) incluso más abundante que el común. También Saunders, un año después (1876), lo cita en Granada y en todo el litoral malagueño. En este mismo sentido, el primer testimonio de la presencia del Flamenco enano (*Phoenicopterus minor*) en aguas ibéricas se encuentra en la obrita de Sánchez García de 1885, que sin duda debió de serle conocida a Arévalo. Tampoco desea reconocer esta prioridad y copia disimuladamente la información de aquel preparador granadino. En cuanto al Cisne vulgar (*Cygnus olor*), el soberbio ejemplar que contempló Arévalo en el museo valenciano, éste fue cazado en la Albufera de Valencia en el año 1860. ¿Qué dice Arévalo al respecto?: “En España es muy rara, presentándose accidentalmente algunos individuos en la Albufera: Arévalo” (Arévalo, 1887: 373). Otro embuste más del malagueño. Tampoco tiene ningún reparo en cuestionar la alusión de Howard Saunders de la presencia y nidificación de la Malvasía cabeciblanca en tierras andaluzas, especie, por otra parte, ya citada por primera vez para España en el año 1773 por otro británico, Thomas Pennant (1726-1798), en su libro *Genera of Birds* (primera edición, 1773; 1781, segunda edición con láminas, de las que, en la número XIII, figura este especie como “*Spanish Duck*”). Por finalizar: no existe ningún testimonio, indicio o prueba alguna de que Arévalo hubiera pisado jamás suelo de las islas Columbretes. Sin embargo, así lo afirma este autor inventándose, además, que *Alca torda*, un migrante e invernante regular de nuestras costas, “Anida en las Islas Columbretes (Castellón) y otros islotes en las oquedades de las rocas” (Arévalo, 1887: 445).

He intentado constatar que la ciencia y la investigación son quehaceres de hombres y mujeres reales con atributos humanos reales, entre los que hay que contar no sólo con la curiosidad intelect-

tual o la integridad, sino también otros como la obsesión, la ambición, la envidia, los celos, o el fraude. Y, a veces, las “pasiones” (ambición, orgullo, prestigio, fama, patriotismo, ansia de poder, etc.) dominan el quehacer científico. Que en la obra *Aves de España* pudiera prevalecer la vanidad personal del autor, no resta mérito al resultado final. El problema aparece cuando se utilizan malas artes para la adquisición y publicación del conocimiento. En este breve artículo, he intentado destapar, con evidencias y pruebas, que Arévalo inventó observaciones en lugares en los que nunca estuvo, que falseó y manipuló datos de aves y autores, y que se apropió, indebidamente, de la autoría intelectual de Rafael Cisternas Fontseré. Las observaciones y conclusiones que sugiero aquí no desean ser una crítica derrotista sin más, sino que me parecen obligadas para un mejor conocimiento de la obra ornitológica *Aves de España* (1887). Animo encarecidamente a otros autores a que puedan demostrar que estoy equivocado. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARÉVALO BACA, J. (1887). *Aves de España*. Memorias de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Tomo XI. Madrid: Imprenta de los Sres. Viuda é Hijo de Aguado.
- ARÉVALO BACA, J. (1888). “Sobre la aparición de la especie asiática *Syrrhaptes paradoxus*, Licht., en la Albufera de Valencia, en junio de 1888”. *Revista de los progresos de las ciencias exactas, físicas y naturales*, XXII, 6: 373-376 [tomo completo publicado en 1905].
- BERNIS, F. (1966). “El Buitre Negro (*Aegyptius monachus*) en Iberia”. *Ardeola*, XII: 45-99.
- BOSCÁ CASANOVES, E. (1876). “El Dr. Rafael Cisternas. Necrología”. *Boletín del Instituto Médico Valenciano*, 14: 595-600; 612-616.
- BOSCÁ CASANOVES, E. (1894). *Sesión apologetica dedicada á D. Rafael Cisternas y Fontseré*. Discurso leído en la apertura de curso de 1894 del Instituto Médico Valenciano por el socio Dr. D. E. Boscá Casanoves. Valencia, Imprenta de Manuel Alufre, Pellicers, 6. 18 págs.
- BOSCÁ CASANOVES, E. (1901). *Notas histórico-naturales á propósito de la localidad y provincia de Valencia*. Discurso leído en la solemne inauguración de curso de la Universidad Literaria de Valencia (1901 á 1902). Valencia: Establecimiento tipográfico Domenech.
- BOSCÁ SEYTRÉ, A. (1916 [sic], pero 1918). “Fauna Valenciana (en resumen)”. En: F. Carreras y Candi (Dir.). *Geografía General del Reino de Valencia. Reino de Valencia*. Barcelona, Establecimiento Editorial de Alberto Martín: 421-549.
- GARRIDO SÁNCHEZ, M. (2006). *José Arévalo Baca (1844-90) y la ornitología en Málaga*. Actas del IX Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencias y de las Técnicas. Tomo II. Cádiz. 1033-1044.
- LÓPEZ SEOANE, V. (1894). “Sur deux nouvelles formes de Perdix d’Espagne”. *Mémoires de la Société Zoologique de France*, VII: 92-97.
- REIG-FERRER, A. (2001a). “Víctor López Seoane (1832-1900) como ornitólogo europeo en el centenario de su fallecimiento. La relación de Víctor López Seoane con Alfredo y Reinaldo Brehm y su importancia para la ornitología ibérica”. *Ingenium*, 7: 345-377.
- REIG-FERRER, A. (2001b). “La contribución de los Brehm a la ornitología ibérica. Primera parte: El viaje científico de Alfredo y Reinaldo Brehm a España de 1856-1857”. *El Serenet*, 5: 6-24.
- REIG-FERRER, A. (2014). “Materiales para una historia del Quebrantahuesos en la Península Ibérica. Los Quebrantahuesos del distrito universitario de Valencia”. *En preparación*.
- SÁNCHEZ ARTEAGA, J. (2005). “Eduardo Boscá Casanoves y la renovación taxonómica de los catálogos faunísticos en España durante el último tercio del siglo XIX”. *Asclepio*, LVII: 81-108.